

El desolador paisaje de una masificada soledad

ROBERTO R. ARAMAYO

Profesor de Investigación en el Instituto de Filosofía del CSIC

Cada vez hay más gente que decide vivir sola o las circunstancias le determinan a hacerlo así. La estructura familiar ha cambiado. Proliferan las familias monoparentales y otros modelos familiares tan complejos como dinámicos. La peor soledad, sin embargo, no es la del ermitaño que habita en un recóndito bosque deshabitado, sino la del urbanita rodeado de masas con las que no trata ni tiene contacto personal. Y esto es lo que viene a suceder en todas nuestras megalópolis.

Desde luego, el tamaño de las ciudades resulta decisivo para despersonalizar o hacer más humano el trato con los demás. La gente de cierta edad puede recordar cómo los más pequeños podían jugar solos en la calle sin temor a ser dañados, porque todo el entorno del barrio era una especie de cielo protector. Vecinos, comerciantes y transeúntes podían auxiliar, proteger o echar una mano llegado el caso. Nadie consideraba que incluso los desconocidos pudieran ser hostiles o peligrosos.

Ahora esos mismos barrios tienen otra fisonomía. Los comercios familiares tradicionales van desapareciendo, y con ello el tejido social de la barriada. En su lugar aparecen tiendas que cierran al poco, porque no cuesta mucho despedir a unos asalariados eventuales cuyos derechos laborales brillan por su ausencia y tampoco tienen tiempo de familiarizarse con su quehacer o la clientela.

El centro de las ciudades más visitadas va uniformizándose y perdiendo su idiosincrasia. Mueren de éxito, por decirlo así. La subida en los precios de las ventas y los alquileres inmobiliarios obstaculiza que sigan viviendo quienes allí moraban originalmente, generando el sugestivo ambiente que atrae a los denominados bobós, por aquello de ser lo que se ha dado en llamar burgueses bohemios, y no lo que acaso pueda imaginarse precipitadamente al malentender la contracción del término.

Los pisos de antaño devienen apartamentos turísticos. Las pequeñas tiendas quedan suplantadas por grandes emporios comerciales ubicados en el extrarradio, a donde se va de compras con el coche y no a hacer los recados del día dando un paseo. La ciudad va perdiendo paulatinamente su

alma. Cada vez se parecen más entre sí y no es fácil saber que se ha llegado a otra diferente tras un largo viaje. Ya no hace falta llevar gafas virtuales de realidad aumentada. Todo tiene aspecto de videojuego, de algo que podríamos ver en la pantalla del móvil. En el transporte público casi nadie habla ni lee libros. Los viajeros van hipnotizados por sus teléfonos portátiles y no advertirán lo que pueda ocurrir a su alrededor, salvo si pueden visionarlo en sus pantallas. Y en las calles nadie utiliza los bancos para sentarse y charlar, salvo los de más edad.

Cada vez quedan menos ciudades a lo Donosti, cuyo discreto tamaño favorezca las relaciones interpersonales, aunque algunas conserven barrios acogedores como Chamberí en Madrid o Friedenau en Berlín. Las distancias no permiten que los amigos llamen sorpresivamente a la puerta para hacer una visita e impiden los encuentros casuales. Hay que fijar citas con enorme antelación. Tampoco nos llamamos por teléfono. Pero nos pasamos el día recibiendo y enviando absurdos mensajes telegráficos que dan pie a mil tergiversaciones. Tenemos muchas más cosas que antes. Pero no se ven muchas caras alegres. Nadie canturrea risueñamente. Todo son prisas para salvar enormes distancias, padeciendo grandes atascos o aglomeraciones.

Además, la gente menesterosa no cuenta con ayuda espontánea de sus próximos. La empatía se

ha visto suplida por una terrible aporofobia. Como ha subrayado Adela Cortina, del foráneo no disgusta el que venga de fuera, sino su pobreza y su posible hedor –algo que, por cierto, sabe ilustrar con pregnancia la película ‘Parásitos’–. Ya no entonamos aquello escrito por Góngora de «Ande yo caliente, y riase la gente», sino que se tiende a pensar más bien ‘Ande yo caliente, y muérase la gente’. Un corolario del pensamiento individualista y neoliberal que despliega eficazmente su hegemonía incluso entre aquellos a quienes perjudica.

No dedicamos mucho tiempo a nuestros congéneres. Nos colocamos delante de diferentes pantallas, como si fueran una droga sedante y como tal crean dependencia. Dejamos de sentirnos acompañados por nuestro entorno. Vamos acostumbrándonos a estar solos. Todo lo dicho puede parecer una caricatura de la realidad. Ojalá no hubiera mimbres para hacer semejante cesto.

En cualquier caso, vivir cada vez más años impone ir familiarizándose con la soledad, ese nuevo fantasma que recorre la vieja Europa. Urge fomentar las residencias para mayores promovidas por cooperativas formadas por unos cuantos amigos. De tener éxito, esta fórmula podría contribuir a cambiar la urbanización de unas ciudades cuyo modelo no parece resultar nada satisfactorio. ¡Pensionistas, uníos a vuestros amigos en la recta final de vuestra vida!

ANTÓN

HOY DISCREPO + QUE AYER



CARTAS AL DIRECTOR

El timo del reciclaje

Actualmente los objetos no tienen valor, la mayoría son desechables o tienen una obsolescencia programada, lo que, junto con un consumismo compulsivo, hace que nos cansemos de ellos rápidamente y los sustituyamos. Antes los objetos se heredaban de padres a hijos y entre hermanos. ¿Cuántos objetos de los que compramos actualmente se heredarán? Probablemente ninguno. Los objetivos del fabricante eran la fiabilidad y duración de sus productos; ahora son coste, precio y rapidez con la que el cliente los sustituye. Hace 40 años, una ‘litrona’ costaba 5 pesetas; 4 por la cerveza y 1 por la botella de cristal. Cuando comprabas una nueva, costaba 4 pesetas si devolvías la botella vacía y 5 en caso contrario. El envase tenía valor.

Hoy pagas el equivalente a 190 pesetas por el mismo litro de cerveza, pero no puedes devolver el envase. Lo tiras a un contenedor, un camión lo lleva a la fábrica de botellas que lo recicla y te lo venden de nuevo por el mismo precio. Pagas una y otra vez la misma botella reciclada, el negocio perfecto. Para tomar en serio el reciclaje y obrar honradamente hay que retribuir el envase devuelto como ya se hace en otros países. Aumentará lo reciclado.

ROBERTO RODRÍGUEZ

Escraque a Iglesias

El vicepresidente segundo fue objeto de un escraque en su antigua casa, la Facultad de Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, por parte de un grupo minoritario de jóvenes cuando iba a dar una conferencia. A mi juicio, la acción estuvo mal por parte de estos jóvenes, ya que este tipo de actitudes es una falta de educación hacia un ponente que va a dar una conferencia. Podían haber pedido explicaciones de otra forma. La justificación de la manera de actuar de estos jóvenes puede que radique en que Unidas Podemos, para poder entrar en el Gobierno de coalición con el Partido Socialista, ha renunciado a algunos postulados de su inicio como movimiento y luego como partido, y es normal que algunos de sus votantes se sientan traicionados. Esto en la Historia de España no es nuevo. Cuando el Gobierno de Adolfo Suárez legalizó el Partido Comunista en el año 1977, este aceptó la monarquía constitucio-

nal como modelo de Estado para entrar en el nuevo juego político.

ANA YARTU

Pensamiento malthusiano

El nuevo orden mundial toma posesión de los bancos. Controlando en secreto a los gobiernos corruptos en la corporatocracia global, el viejo dogma causa-efecto está siendo amenazado por los seres humanos que oponen resistencia. No somos libres, estamos envueltos en una vida superflua con esclavitud salarial y monetaria, con la obligación de trabajar 40 horas a la semana sumergidos en deudas y atrapados por la censura y la supresión de libertad de expresión. El aumento de impuestos y leyes nos crea la ilusión de dependencia del sistema. Nos hace esclavos de él. El socialismo ha logrado engañar a la masas. La izquierda y la derecha, da igual quién gobierne, todo conduce a una dictadura. La ignorancia y el oscurantismo en todos los tiempos ha producido mas rebañes de esclavos para la tiranía.

ISABEL LAISECA

Enfermedades raras

Y mientras el mundo tiembla con el coronavirus, yo tiemblo pensando que es triste ver que, según en qué comunidad hayas nacido, tienes más o menos posibilidades de ser diagnosticado de una enfermedad rara que, si en su día se hubiera detectado, se podría haber curado. Antes, en los bebés, las pruebas del talón servían para prevenir estas enfermedades raras, pero en unas comunidades se hacían y en otras no, por eso ahora hay niños que podrían haberse curado. El calendario vacunal, las pruebas preventivas diagnósticas, tienen que ser iguales del norte al sur de España. ¿No es terrible pensar que un niño está más o menos desprotegido frente a enfermedades dependiendo de dónde viva? Es una realidad en la que nadie se para a pensar porque es menos mediática y sube menos la audiencia. Yo, como madre, tengo más miedo que al coronavirus a pensar si mi hija estará igual de protegida sanitariamente que los de otras ciudades. ¿Por qué no damos importancia a las cosas diarias que hacen que, por desgracia, celebremos el Día de las Enfermedades Raras? Ojalá, en un futuro no muy lejano, ese día deje de existir.

ANA ISABEL LÓPEZ